



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPITULO IX CON EL GENERAL CALLES. LA REGIÓN DEL YAQUI

DESAPARECIDO EL PELIGRO DE UNA contienda con los Estados Unidos, nuestras fuerzas se concentraron en la región del Yaqui con el objeto de someter a esa tribu que se hallaba en actitud rebelde.

El general Calles, jefe de nuestras armas, estableció su cuartel en Empalme, Sonora y allí convocó y celebró una reunión con todos los jefes. Concurrieron varios generales. Recuerdo ahora a Martínez, a Manzo, a Muñoz, a Mesta y a Ortega. En esta reunión los únicos coroneles presentes, éramos Escobar y yo.

El general Calles tenía los planos de la región del Yaqui en una mesa y con ellos a la vista nos explicó el objeto de la reunión. Se trataba de decidir el tipo o clase de campaña efectiva que debería intentarse en contra de la tribu yaqui. Primero tomó la opinión del general Martínez, quien cuando era Capitán había combatido a los indios. El general Martínez opinó que debería aprovecharse la oportunidad de los grandes contingentes con que contábamos, para hacer una guerra de exterminio. Casi todos los generales estuvieron de acuerdo, pues consideraban que no volvería a presentarse una mejor oportunidad para someter a la tribu. Tanto Escobar como

yo, que éramos solamente coroneles, nos limitamos a escuchar las opiniones de nuestros jefes, sin hacer comentarios. Pero el General Calles quiso conocer nuestra opinión y se dirigió a mi preguntando cuál era mi criterio sobre el problema. Me permití manifestarle que, con todo respeto, no estaba de acuerdo con la opinión de mis superiores; que la tribu yaqui era una de tantas razas aborígenes de la nación y que deberíamos considerarla como integrante del país y a sus miembros como mexicanos. Que si los yaquis no se habían incorporado a la vida de México, no era culpa de ellos, sino que esto obedecía a que no se les había dado la oportunidad necesaria o, quizás, porque ignoraban que no era la única tribu de aborígenes en México. Insistí en que, según nuestras leyes, los yaquis eran tan mexicanos como todos nosotros y que, por consecuencia, proponía que se les hiciera una invitación para que se incorporaran a nuestra vida nacional. Que era indispensable devolverles las tierras de su propiedad, de las que habían sido despojados por caciques amparados por los gobiernos anteriores. El General Calles esperó, prudentemente, a que alguno de los jefes rebatiera mi tesis; pero todos ellos permanecieron callados. Entonces, me acuerdo perfectamente, poniéndose el índice de la mano derecha en la nariz, dijo:

—Ese es mi criterio. Creo que sí sería conveniente incorporar a esta tribu a nuestra nacionalidad.

Algunos manifestaron que esto significaría solamente perder el tiempo, porque los yaquis eran renuentes a incorporarse a la civilización. Otros indicaron que valía la pena hacer la prueba; pero la mayoría se inclinó en el sentido de que era conveniente y necesario hacerles un llamado al orden y a la paz.

Resultó, pues, que la mayoría de los jefes aceptaron mi proposición y se acordó comisionar al general Manzo, que además de hablar el yaqui era conocedor de la región, para que mandara a los dos o tres yaquis “mansos” del cuerpo de guías,

a proponer a los jefes de la tribu lo que se había acordado con el general Calles. Debía agregárseles que de no aceptar las proposiciones de paz, se les abriría una campaña sin precedente. A mí se me nombró jefe de la primera línea de operaciones en el Yaqui, con el cuartel general en Estación Lencho, río Yaqui.

Los yaquis aceptaron las proposiciones del cuartel general y se acamparon precisamente en la Estación Lencho. Quedaron a mi cuidado y bajo la supervisión de mi jefatura, entre tanto el Gobierno resolvía qué tierras se les iban a devolver y en qué condiciones deberían trabajarlas.

Las cosas venían marchando perfectamente bien. Pero fue necesario que yo saliera por unos días al Norte y dejé a mi segundo, el coronel Fausto Topete, en mi lugar. En el campamento de Lencho se encontraba casi toda la tropa de los yaquis, quienes venían acompañados de sus familias. En realidad no sé lo que pasó a Topete; pero el caso es que ideó atrapar a los yaquis y a sus familias aprovechando la oscuridad de la noche. Para este efecto les brindó una “pascola”, fiesta folklórica de la tribu. Se hizo barbacoa y todo lo concerniente para poderlos sorprender. Mas el sorprendido fue él, porque cuando intentó realizar su necio designio, toda la tribu había escapado ya, dejando solamente a sus mujeres y a sus niños. El intento traicionero de Topete obligó a la tribu a levantarse nuevamente en armas. Todo esto pasó en 1917.

Se abrió nueva campaña contra los yaquis, utilizando tres columnas volantes: una al mando del general Arnulfo R. Gómez, otra al mando del coronel Jesús Aguirre y la tercera a mi cargo con la Segunda Brigada de Infantería. En esa campaña duramos tres o cuatro años, desde 1917 a 1919 o 1920, no recuerdo con precisión las fechas.

Mi situación era realmente difícil, porque cuando la tribu estuvo bajo mi vigilancia, había hecho amistad con todos los

jefes militares yaquis, con sus ocho gobernadores y sus ocho pueblos, como ellos les llaman a sus Ayuntamientos. A pesar de ello fue necesario que los combatiera durante esos tres o cuatro años.

Los derroté varias veces en cada caso les dejaba clavado en algún árbol, cerca de los aguajes, un escrito en el que les recordaba que eran tan mexicanos como nosotros y que para evitar derramamientos de sangre debían someterse al Gobierno, ya que el Gobierno de la Revolución les haría justicia. Mi invitación a la cordura tuvo poco éxito, porque había entre los yaquis un magonista que los incitaba a que siguieran peleando. Era un enviado de Flores Magón, que se encargaba de contestar las notas y lo hacía siempre utilizando el sarcasmo y las burlas. Finalmente los mismos yaquis se dieron cuenta de que nada bueno les reportaría la presencia de los consejos del magonista y optaron por fusilarlo.